

634

# Los Relatos de un Adolescente

por Sebastián Salazar Bondy

En arte y literatura no siempre la precocidad es testimonio de un gran talento futuro. La inteligencia requiere un cultivo intenso y especial cuando ella apunta en el niño o el joven con caracteres de excepcionalidad. Cualquiera descuido o desorientación pueden frustrarla. Ante el libro de un adolescente como Guillermo Thorndike *Losada (Los Ojos en la Ventana, Buenos Aires, 1958)*, tal vez demasiado prematuro no obstante las calidades que posee, los interrogantes que se plantean no atañen al problema literario sino al de la apropiada conducción que la vocación naciente merece. Sin duda alguna, en este volumen de cuentos hay un escritor de *race*, es decir, alguien que narra porque siente necesidad de ello, y que, además, lo hace con satisfacción y soltura. Pero es muy poco lo que un hombre que no ha llegado a los veinte años puede decir de sí y del mundo. El instinto lo encamina de primera intención hacia un espejismo.

El espejismo, en este caso, es literatura fantástica. Los asuntos de ultratumba, el espiritismo y los contactos entre lo real y lo irreal —suscitados por modelos que están un poco pasados de moda—, han seducido a Thorndike en la mayor parte de los relatos que acaba de publicar, quizá porque la realidad inmediata le resulta, debido a su edad, un enigma mucho más difícil de descifrar que los de la elemental metafísica fantas-

magórica que ahora lo atrae. De ahí que sea propio preguntarse cómo será posible llevar a este muchacho, del cual la creación literaria es una genuina inclinación, a su legítimo mundo, para que lo descubra y revierta en el cuento y la novela. Se trata, al parecer, de que forme conciencia del universo en que está situado y de la misión que como escritor asume. Hay que decirle a Thorndike que busque en el medio en que vive, en la cotidianidad más cercana a su existencia, el material de su inspiración, y que ante esa realidad adopte una posición, se erija en combatiente de alguna causa.

El libro comentado, un volumen de 236 páginas, tiene un solo mérito notable: está escrito con una noble propiedad, con singular conocimiento del idioma y su eficaz manejo. Todo lo demás es inmaduro: la técnica de la narración, el planteo de la situación central y su desenlace, la localización del drama dentro del conflicto elegido. Y un pecado más aún: la grandilocuencia, enfermedad de primerizos, manifestada por el exceso de palabras, de adjetivos. Pero, a pesar de todo esto, hay allí un escritor, hay alguien que relata. Y eso no es corriente. Estamos ante una personalidad en agraz, ante una individualidad bien rotunda que ha comenzado a buscarse y que, si está bien aconsejada y posee el olfato que, en general, va aparejado a la genuina vocación, al auténtico llamado, hallará su vía normal

de desarrollo sin mucho vagabundear por los aledaños de su verdad.

Todos los que escribimos por un mandato de la sangre hemos comenzado con pasos idénticos a los de Thorndike. Hemos tenido la desventaja de no haber podido publicar nuestros primeros tanteos y de no haberlos visto objetivados en el libro —desventaja, en verdad, sólo desde un punto de vista, puesto que de otro ello nos permitió librarnos del peso de ese libro juvenil, del que siempre se concluye abominando—, pero nos hemos visto ante la necesidad de definir nuestro sentido indagando en libros, comparando con ciertos modelos amados, mirando nuestra interioridad con avidez, luchando tenazmente por la total definición. Y, a la postre, nos ha sido dado el premio de vislumbrar a lo lejos la meta correspondiente: casi siempre, ello ha sido fruto de una afirmación en el propio suelo moral, social, real.

Los cuentos de Thorndike —el último de los cuales muestra una ligera variante hacia otro orden de asuntos— demuestran otra cosa. La imaginación emprende su primer vuelo en la dirección más cómoda y atractiva, y no en la más pensosa, y la tarea de educar ese impulso creador es, sobre todo, conducir la fantasía no hacia puntos que por su distancia o rareza están lejos y son inaccesibles, sino hacia las profundidades personales. No es el reino de los muertos el más terrible y dramático. Es el de los vivientes. A él debe entregarse el narrador cuya originalidad radique en su manera de ver y comprender al hombre que es aquí y en el momento. Es lo que hay que esperar de quien por sus dotes constituye una promesa.